

LA MEZQUITA DE PARIS

El Islám sin armas destructoras, sin los lijeros corceles de sus guerreros defensores, ha cruzado el estrecho y salvando las distancias, sin que un Carlos Martel haya podido detener su empuje a las puertas de Poitiers, ha izado su bandera, ufano y glorioso, en la capital de los franceses, en el París cosmopolita religiosa y nacionalmente: gran acontecimiento que no ha llegado a tener toda la resonancia que de tal monumento podía esperarse, debido a la sensible baja del franco, pero que no ha dejado de constituir un éxito en el protocolo francés, que bien ha sabido hacer los honores al sultán de Marruecos inaugurador del hermoso templo musulmán.

El Islám, para las naciones europeas, en sumisión prisionera parcialmente, ha plantado sus reales en el centro de las libertades, y con ello logra un gran triunfo para sus adeptos, del que algún día acaso se vanaglorien; hoy que todo lo domina el modernismo, no es extraño ver prosélitos de cualquiera de las religiones, quizá no exista convicción en sus ideales, pero sí simpatía o más bien interés marcado de perjudicar la doctrina cristiana, que a la vez es perjudicar la moralidad nacional, base de la vida próspera de un pueblo.

El Islám tiene un templo, exótico, acaso uno de tantos atractivos turistas en la ciudad del Sena, pero pueblo donde no existe religión oficial, y por lo tanto, desde su minarete podrán oírse los cantos de sus almuédanos llamando a la oración del Mogreb, cántico religioso que se confundirá con las voces profanas del mercantilismo, del vicio; por ellas será absorbido, pero siempre tendrán eco en un número, creciente por días, de entusiastas del Korán, aunque no sean hijos de Mahoma; templo en que se honrará a Alah y a su gran profeta, y esas oraciones tendrán un recuerdo de aquellas otras, sencillas y tranquilas, que en los dominios islámicos, antes del empuje avasallador de tropas extranjeras, se hacían a diario a las llamadas del almuédano: la civilización ha entrado destruyendo en aquellos lugares, y el carácter del moro, del árabe, fiero y vengativo cuando con ellos se ha usado el palo de la violación, de la destrucción de su paz interior, quizá un día tenga eficaz ayuda allende sus mares, y en esa mezquita germinen, bajo apariencias religiosas dominadoras de otros poderes, ideas de represalias, y desde allí un nuevo príncipe excite a sus valientes guerreros y la traición

acarree nuevos días de lutos y llantos a las naciones políticamente musulmanas; es verdad, que puede también considerarse el tal monumento como un monumento político del imperio colonial francés, pero más que atractivo para los turistas, será centro de oración del que irradiarán resplandores de entusiasmo y esperanza a los musulmanes.

El Korán no podrá empuñar el sable para dominar a las naciones que lo desterraron de su suelo, para el exterior, está espiritualizado en las almas de sus grandes hombres, pero sí puede marcar derroteros desde ese pequeño recinto de arquitectura árabe-española, sí puede con las armas vencer o destrozarse el poderío de los vencedores que hoy le dominan en su propio suelo, sí podrá encubrir sus traiciones apoyado acaso por los altos poderes del dinero y de la diplomacia, que en nombre de una civilización errónea detengan la mano castigadora.

La civilización no se ha adueñado de todo el Islám, que en aquellos que apariencias nos afirman un éxito, no ha logrado extirpar de sus almas el odio, el espíritu de venganza contra sus enemigos.

No destruir, para apropiarse de los corazones de los hijos de Mahoma es más plausible y de más éxito para alejarlos de sus falsas creencias, para atraerlos a la civilización verdad, pero ese trabajo allá, tras de las armas, que por desgracia han sido necesarias para dominarles, allí en sus abruptos terrenos adentrándose en ellos a la vez que con las cristianas ideas, con los progresos de la industria, del comercio, etc.

Hay quien pregona la España musulmana, por derecho de los tratados comerciales, por las epopeyas de nuestros siglos árabes, y abogan por la construcción de esas mezquitas en nuestras ciudades del Andálus, país de los amores islámicos, pueblos de sol mogrebino, reservados por Alah para su nuevo reinado según tradiciones, y lo piden por el turismo musulmán que nos pondría en contacto con sus hombres de ciencia, que al ver deshecha la unidad religiosa solo fundan su poderío en el recuerdo histórico de sus mejores tiempos, ese turismo nos traería numerosas peregrinaciones a la Granada de los Nazaritas, a Sevilla, la de los Almoravides y Almohades, turismo que solo dejaría en el pueblo curioso una fantasía de lo extraordinario, y que sería herir los sentimientos cristianísimos de la nación, sería abrir las llagas, las grandes heridas, aún no cerradas, recuerdo perenne de nuestras guerras africanas; me aparto de todo sentimentalismo, y solo veo por un lado, gran alarde de política colonial, de resultados muy

relativos e hipotéticos, y de otra parte, erróneas e ilusas ambiciones: un monumento más, excitaría nuestra curiosidad, son muchos los que necesitan atención y cuidados para que no se vengán abajo, víctimas del tiempo o a los despiadados golpes de la piqueta destructora en manos de desaprensivos que solo buscan el negocio mercantil, ¡que por grande y meritoria que sea la moderna arquitectura, nunca podrá superar la gran obra arábiga de los restos de nuestro imperio arábigo.

MODERNISMOS

Quando el hombre se embriaga con los apetitos de la carne, no comprende la vida, sino bajo el prisma de la pasión; saciar ésta, aunque sea corrompiéndose física y moralmente, es su objetivo: se desliga por completo de amistades, compromisos, familia; nada le interesa fuera del ídolo de sus placeres, a este rinde generoso su voluntad, su entendimiento; solo encuentra belleza en las horas de lujurias pasadas junto al lecho del vicio, se emborracha de tal forma con ese substancioso licor de la lascivia que contra él no hay antídoto humano, solo uno, la religión, con sus severas doctrinas, de la que se aparta voluntariamente porque le estorba, pues solo tiene conciencia bruta al proclamar su lema: «gocemos del placer, bebamos hasta la saciedad, que la muerte nos encontrará divinos, eternos».

La degeneración es espantosa: por doquier se oyen gemidos de dolor, de tristeza: los padres, ante la vida desastrosa de sus hijos, ante la pérdida de sus mimadas hijas, se arrepienten tardíamente, de su falta de valor para reprimir los primeros malos impulsos, lloran su falta de amor razonable para atajar los primeros pasos en falso de sus hijos; y es que de unas generaciones a esta época, el amor paterno hase convertido en mera complacencia a los caprichos de sus hijos, que solo les acarrear gastos excesivos, principio de la miseria, de la desgracia; sufren impotentes las desobediencias y cuando más, con equivocada norma educativa, usan en contra de ellas un palo doloroso al cuerpo, pero no al alma, centro donde remedio deben hallar los males morales; educan en un ambiente, sino irreligioso, sí al menos muy indiferente; en sus casas se preocupan muy poco de que los hijos oigan ciertas conversaciones, a veces de infidelidades, en sus inmoralidades, de ellos no se ocultan, razón de más para que los jóvenes empleen la vida formal con perspectivas de

mero mercantilismo, aun entre las cosas más sagradas; solo se atiende desde el principio a la formación de los hijos, no intelectual, ni mucho menos religiosa, sobra que asista a misa los domingos cual mero autómatas, sin base alguna de religión, ignorancia súpina que no les impide discutir de todo lo divino, queriendo imponer en todas partes su criterio modernista, según ellos el único modo de vivir en paz, sino con miras a un porvenir halagüeño que les rinda comodidades, vicios; para sus hijas, nada de sentimentalismo de amor, buscan, sí, el novio adinerado, la buena colocación, no importan después las discordias, la pérdida del honor, y en ese ambiente de libertad en que las educan, no ven o no quieren ver, las fantásticas ilusiones forjadas en sus cerebros alocados, que siempre terminan en el vicio, en la miseria andrajosa o en los falsos oropeles del mercantilismo sensual, víctimas de los apetitos malsanos del hombre.

Los hombres, los jóvenes de hoy, se degradan en el modernismo de sus placeres; sus diversiones son desastrosas y en ellas no les importa violar la dignidad de su humana naturaleza; dicen ellos «nuestros placeres son más refinados, menos materiales», y lastimosamente confunden los términos; sin querernos meter en disquisiciones fisiológicas ni filológicas sobre esa clase de placeres solo diremos avergonzados, que sus goces carnales son los más repugnantes, impropios de la bestia más inmunda, llegan en ese sensualismo al último grado de la depravación, mas a eso llaman modernismo de los placeres... y ante esa brutalidad, ante ese cinismo, solo nos cabe rechazarlos de nuestro consorcio humano, arrinconarlos, como inmundos, como contagiosos, en la selva inculta, en el lugar de los apastados; y a eso llaman modernismo de los placeres, y así vemos a las naciones sangrando ante la falta de hijos útiles, ante la falta de soldados defensores de la patria; así vemos el gran despilfarro de riquezas, de facultades necesarias a la sociedad; así vemos la fidelidad conyugal revuelta en el cieno de bajas pasiones, la moralidad pública, en todos los órdenes, viciada por los viles deseos del carnalismo brutal, la inocencia maltratada y desecha por bajos apetitos, todo se paga con el vicio y para el vicio.

Pero cuando ese mismo hombre, antes de caer o no enviciado del todo, encuentra a su lado, educación religiosa bien cimentada, amor verdad que nunca quiere ni busca placeres carnales, almas sanas que exuberantes de bondad les retraen del camino, que segúan en su apetito, la